

Claro que al acostarme y apelonarme entre sábanas, al encontrarme frente á frente con mi gato, que más filósofo y cuerdo que yo, ni hace escapatorias ni se ocupa en lo que no le importa un pitoche; al contar las campanadas del French, al escuchar á lo lejos el ruido temeroso de las olas, volví sobre mí y me pesó de haber accedido tan fácilmente al ruego del afanoso padre. Bien mirado, ¿quién me mete á mí en libros de caballerías? ¿Qué me importaba que Rosa se casase ó se quedase para vestir santos; qué se me daba de que León Cabello cantase dúos del alma con Argos divina; qué tengo yo con el compañero Sobrado, y qué me duele si Feíta se va por los cerros de Ubeda, ora llevada de la mano por la diosa Minerva, ora por el Gobernador de la provincia, el del ambiguo reloj?

Lo que tranquilizaba algo mi conciencia era que en esta historia el único resorte que me im-

pulsaba era la amistad. No estando interesado mi corazón por ninguna de las hijas de D. Benicio, y sintiendo en cambio una afición nobilísima hacia el buen padre, no entrañaba verdadero peligro mi ingerencia en los asuntos de la casa. Aquello había venido no sé cómo, rodando insensiblemente, y sin que yo me diese cuenta de que los hilos de dos ó tres intriguillas iban reuniéndose en mis manos, y que se me habían enredado en los dedos, de tal suerte, que soltarlos me era difícil. No quería confesarme á mí propio que también me espoleaba la curiosidad, ese vicio de las vidas sin objeto, como era la mía.

Me dormí resuelto á poner en práctica un sistema mixto, ó como suele decirse, á nadar y guardar la ropa; y sin duda por efecto del escrúpulo que me había asaltado (si ya no por culpa de unas exquisitas almejas con que me tentó doña Consola), recuerdo que aquella noche no gocé del sueño dulce y reparador, que acostumbraba ofrecerme su blando regazo: al contrario, tuve pesadillas. En los sobresaltos de mi agitado dormir, soñé que se me colaba dentro de la alcoba una serpiente. ¡Nada menos que una serpiente, lector compasivo! La vi rastrear por el suelo, erguir y deprimir las curvas bonitas de su largo cuerpo flexuoso, de reflejos metálicos, y avanzar así, silenciosamente, vibrando la cabeza, aunque aplastada, no exenta de cierta gracia y hasta de cierto inexplicable candor... ¡Candor una serpiente! ¡Pero si he dicho que yo soñaba! El reptil, lle-

gando al mullido tapete colocado al pie de mi cama, se enroscó, y sobre la espiral del cuerpo enderezó el cuello y me miró fijamente. Sus ojos despedían lumbres fosfóricas, su pecho blanquecino latía como si encerrase un apasionado corazón... Y dulcemente, ondulando, apoyando la cabeza en el reborde de mi cama, el maldito ofidio, el que causó en el Paraíso la pérdida de nuestro padre Adán y de toda nuestra estirpe sentenciada á la concupiscencia y al dolor, fué ascendiendo, ascendiendo, hasta llegar cerca de mi cara, extenderse sobre mi colcha de damasco rojo y apoyar la chata frente—¿podrá decirse *frente?*—sobre mi almohada de pluma y olán finísimo... Mi angustia fué tal que desperté pegando un respingo; encendí atropelladamente un fósforo, y estuve á pique de chillar porque, en efecto, dos pupilas metálicas, verdes y embrujadas, se clavaban en mí...; pero eran, claro está, los ojos de mi prudente gato, acurrucado en el edredón y molestado sin duda por las vueltas que yo daba en el lecho...

Después de tan inquieta vigilia, amanecí descontento de mí mismo, azorado sin saber por qué, y mal dispuesto á recrearme en las inocentes fruiciones de mi sosegada vida. Practiqué las operaciones del aseo sin gusto, sin la minuciosa atención que suelo otorgar á esta importante tarea, relacionada con la higiene y el bienestar del cuerpo y hasta del espíritu; hojeé distraídamente los periódicos de la mañana, y cuando acababa de enterarme de la verdadera actitud de Bismarck (que por otra parte me

tenía sin cuidado), oí en el pasillo algo que me causó tal admiración, tal sorpresa, que me hizo pegar tal brinco, que creo que ni la serpiente de mi pesadilla me impulsa á saltar con más ímpetu si se me aparece sobre la mesa escritorio... Lo que resonaba á la puerta de mi propia habitación, era ¡figúrense ustedes!, ¡la voz de Feíta! Y no velada, ni tímida, ni ahogada por la emoción, sino al contrario, sonora, aguda, bien timbrada, imperiosilla, cubriendo enteramente la de doña Consola, con quien dialogaba y parlamentaba repitiendo:

—Pues avísele usted... Avísele en seguida... Yo entraría; pero sabe Dios si está en calzoncillos...

Esto dijo: esta palabra inconveniente pronunció la boca de la salvaje... y yo me figuré la cara que pondría mi británica patrona, la alumna de la heroína, ¡el mismo recato hecho mujer! A mí también se me encendieron las orejas, me dió una vuelta repentina la sangre, y me levanté con temor pensando: «¡Pero qué es esto! ¡Qué ocurre aquí, Dios poderoso!»

Los dos golpecitos acompasados de doña Consola me avisaron de que se acercaba el enemigo... Hice por serenarme, fui á la puerta y la abrí de golpe, como el que se arroja de una ventana á la calle... Y antes de que tuviese tiempo de enterarme de nada, precipitóse en la habitación, arrollando á la patrona, el torbellino: Feíta.

—Buenos días... ¡Qué cara tan rara me pone usted! Pero, ¿qué le sucede, hombre, qué le sucede?

—Hija mía, la sorpresa...

—¡Ah, ya... la sorpresa! Es cosa que pasma verme aquí... Pues va usted á verme bastantes veces...—dijo—si no me muero, ó doña Consolación no me echa con cajas destempladas...

¡Oh asombro mayor que los anteriores! Doña Consola, que había entrado detrás de Feíta y que parecía la misma estatua de la circunspección, con su cuello blanquísimo, su vestidito angosto y sus grises bandós bien planchados lejos de fruncir el ceño, sonreía... Sí: una rígida sonrisa dilataba los secos pliegues de su acartonado y bigotudo rostro!

—¿Pero viene usted con su padre?—pregunté á la muchacha.

—No señor.

—¿Sola?

—Sí señor.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye.

—Don Mauro—intervino la patrona británica, con reposado acento y aquel énfasis que gastaba para evocar recuerdos de su querida heroína—no juzgue usted de ligero á la señorita; no sea usted mal pensado, que es el defecto de los hombres, que se malician todo. La señorita no viene á lo que usted supone.

—¡Pero si yo no supongo nada! Con esta señorita es difícil suponer; esta señorita... En fin, ¿puede saberse en qué consiste que se la vea á usted por aquí llovida del cielo? Tome asiento, honre el sofá.

—¿Pero cómo quiere usted que me explique, si no me da lugar á estornudar siquiera con sus asombros?— contestó Feita dejándose caer en el canapé Imperio, y soltando en una butaca próxima el cartapacio que debajo del brazo traía. Sólo entonces noté hasta qué punto se había exagerado en la muchacha su habitual aspecto de estudiantillo. Su pelo, más corto y revuelto que nunca, como si lo hubiese alborotado con los dedos, se escapaba del casquete ó toca rusa, de piel; las líneas de su talle desaparecían bajo un chaquetón de paño, con bolsillos y solapas, prenda masculina; al cuello llevaba un pañuelo de seda arrollado y anudado al descuido; los guantes brillaban por su ausencia, y las botas eran grandes, duras, resquebrajadas, lo más opuesto á la coquetería y al arte de agradar, lo que más desilusiona en una mujer!

—¡Si en vez de hacer aspavientos como un papamoscas—continuó—me hubiese usted permitido decir de qué se trata, ya estaría enterado! He venido aquí... porque hoy ¡gran noticia! ¡es mi primer día de libertad! y he querido, por primer día, darme un buen verde de cumplir mi gusto! ¡Uf! ¡Parece mentira! ¡Debo de haber crecido tres palmos! ¡Ay, Abad, ó demonio! ¡Qué bueno es hacer lo que á uno se le antoja!

—Pues cada vez la entiendo á usted menos, criatura—respondí—; ¿á qué llama usted libertad?

—¡A salir, á andar sola... á no depender de nadie! ¿Lo oye usted? ¡De nadie!

Y se puso á tararear:

Libertad, libertad sacrosanta  
nuestro numen tú siempre serás..,

mientras doña Consola, entusiasmada al escuchar la música del himno progresista, repetía por lo bajo, acariciando reminiscencias inolvidables:

podrán vernos morir en tus aras,  
mas vivir en cadenas, ¡jamás!

—Vamos, le enteraré á usted de los hechos—continuó Feita, viendo que yo exageraba mis demostraciones mudas de incredulidad y explícita desaprobación—. Ya sabe usted que medita hace tiempo este golpe de estado. Papá, que se lo cuenta á usted todo, no habrá dejado de contarle esto y mucho más. Pues sí, meditaba el gran acto, y lo iba retrasando... ¿por qué dirá usted?

—¿Por natural respeto á la autoridad de su padre?

—¡Quiá! Por temor... á mí misma. Yo pensaba: «¿A que después de sublevarme salgo con la fantochada de que no aprovecho las *conquistas de la revolución*? ¿A que armo la gorda y luego me falta coraje para dar cima á la empresa?»

—Pero ¡qué empresa ni qué alcachofas!—exclamé—. ¡Ay, Feíta! Usted está muy mala. Doña Consola, ¿querría usted preparar una taza de tila caliente? ¡Aunque... ahora que me acuerdo! no puede usted dejarnos solos.

Feíta se echó á reír con toda su alma y con toda la frescura virginal de su alegría.

—¡Sí, puede dejarnos solos, hombre!... pero yo no quiero que nos deje, ni necesito infusiones..., á menos que la tila sea para usted. Doña Consolación, ¡no haga caso de este farsante! Pues iba diciendo que no estaba segura de mi denuedo en el momento crítico. He tenido la grata sorpresa de que soy más valiente de lo que creía; mucho más. He dado la batalla y la he ganado en toda la línea. Ah, ¿usted no sabe de qué se trata? Mi amigo, el Doctor Moragas —ese sí que es un hombre de pro, y sin repulgos— me había buscado entre su clientela *dos lecciones*. Dos lecciones de á cinco duritos... ¡No es el Potosí; pero ya iremos progresando, y con diez duros al mes... no le costarán un céntimo á mi padre mis libros ni mis botas!

—¡Y que no la vendría á usted mal un par nuevecito! —respondí, mirándola de soslayo.

—Sí, sí, ya sé que estoy muy derrotada y muy fachosa —contestó ella convirtiendo los ojos á su *toilette*—. Pero me importa un pito. No me mire usted, ó mire para el techo. Bien; pues una de las lecciones es allá, en el barrio del Ensanche, donde Cristo dió las tres voces... ¡Buena caminata! Me la soplé mientras usted estaría roncando... Me dió la vida. ¡Qué sano

es andar! Me siento otra. Andar aprisa, andar solo, sin apéndices, sin rodrigones... La otra lección... ¿á que no adivina usted? Es la del chiquillo de las de Boliche...

—¿En el piso de arriba?—exclamé empezando á ver claro.

—Ajajá... Ya la he despachado también. Y como es temprano y me sobran horas y hace tiempo que suspiro por registrar la librería de la duquesa de la Piedad... me he venido junto á doña Consola, que es persona racional y ha vivido en países donde la gente no es tan boba como aquí...

Sonrió doña Consola, visiblemente halagada en sus manías, y dijo con dignidad cortés:

—Ya sabe esta señorita que de mí y de la librería puede disponer como guste; me complace en servirla, porque si la señora duquesa levántase la cabeza, había de alegrarse de ver á una joven marinada tan instruída y tan amiga de libros como lo era la señora, no despreciando á nadie... Sólo que como usted tiene la llave de los armarios de los libros, le advertí á doña Feíta que iba á pedírsela á usted... y ella quiso hacerlo en persona...; porque dijo así, dice: «Vamos á revolverle el cuarto á don Mauro: venga usted, venga usted, que veremos el retrato de la señora duquesa y los muebles y lo demás de su ajuar...» Y por eso le hemos molestado, D. Mauro... Con que si me da usted esa llavecita...

XII

La sacaba yo del bolsillo, cuando sonó la campanilla, y con indecible susto oí resonar en la antesala el metal de voz de Primo Cova. ¡De Primo Cova nada menos! Se me erizó el cabello... el cabello que ya quiere empezar á emigrar... y me lancé del sillón. ¡Primo Cova! ¡La lengua más afilada de Marineda; el más implacable maldiciente; el que ni por casualidad dejaba honra sana; el que revolvía con fruición donde sospechaba que pudiese aparecer, palpitable y sangriento, el escándalo! ¡Primo Cova, entrando allí, encontrando á Feíta, enterando á toda la ciudad de que yo recibía visitas matinales de tal especie, y arrastrando por el lodo la buena fama de la muchacha, y lo que es peor, la de su padre!

No se me ocurrió sino levantarme, decir á doña Consola «Que se esconda Feíta por ahí, donde pueda» señalando al mismo tiempo á la puerta de escape que desde mi sala conducía al comedor y al cuarto de los libros... y preci-

pitarme al pasillo, resuelto á que Cova, antes de salvar la antesala, pasase sobre mi cadáver. Sin que Cova intentase avanzar, ni yo articulase palabra, me alcanzó Feita riendo á carcajadas, burlándose á todo trapo de mí y de mis recelos.

—Pase, Cova, pase—decía la muchacha sin conseguir recobrar la seriedad y el aplomo—. Pase, por Dios, no haga caso de D. Mauro, que está en Babia...

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó Cova en tono de sorpresa, no tan exagerado, sin embargo, como las circunstancias requerían—. ¿Estaré viendo visiones? ¿Qué hace usted aquí, Feita encantadora?

—Seductor Primo, aquí estoy porque quiero y porque me da la gana.

—Pues quedamos enterados. Por alguna razón será.

—Usted lo acierta—exclamé acogiéndome á la hipótesis, como el náufrago al palo flotante.—Un capricho de esta señorita, que nos ha de volver locos á todos.

—¡Puede!—respondió ella con alarde de chulesco desenfado—. Hijo (prosiguió, instando al maldiciente para que entrase en la sala, y señalándole un sillón), que se vuelva loco este señor, no tendrá nada de particular. Le falta equilibrio. La menor cosa le aturulla y le pone en un estado... que necesitaría la camisa de fuerza. Cuando usted entró, ¿sabe lo que pretendía? Que yo me escondiese en un armario, ni más ni menos que en los sainetes.

—La señorita—intervino doña Consola, con toda su dignidad y pulcritud de expresión—obró bien en negarse á ocultarse, porque nada hacia de malo, y desde que se encuentra aquí la he acompañado yo...

—Y aunque no me acompañase nadie—replicó insolentemente la estrambótica.

—Y aunque no la acompañase á usted nadie—repitió persuadida y entera la insigne patrona—. La mujer virtuosa, á sí propia se acompaña. ¡Cuántas veces me lo ha dicho en vida la señora duquesa, que de Dios goza! Cuando estábamos en Londres salía sola mi señora casi diariamente, y se echaba por aquellas calles que marean, con el tropel de los coches, y de los omnibus, y de los carros y de los jinetes... ¡Sola iba á las casas de los emigrados, sola hizo cada tres meses lo menos el camino de Londres á París... ida y vuelta!... Yo al principio me asustaba y la decía: ¿Señorita... (porque en aquel tiempo era joven la señora) no le pasará algo? ¿No se desvergonzarán con usted? Y ella contestaba así, con el buen modo y la formalidad que tenía: Consolita, el respeto que nos tributan nos lo ganamos nosotros: nadie se mete conmigo, ni yo me meto con nadie.

—Eso pasaba allá en Inglaterra—objetó Primo Cova.

—Justamente—confirmó doña Consola, sin entender la malicia de la objeción.

—¿De modo—preguntó el maldiciente—que ya la tenemos á usted emancipada, Feita? Porque este paso me parece decisivo. Venirse á la

casa de un soltero, es pasar el Rubicón y la peña de la Marola. Puede usted decir que en horas ha sentado plaza de general.

— Sí, señor; estoy todo lo emancipada que puedo — respondió Feíta, enderezándose en el canapé, y recogiendo las pupilas para mirar con mayor fijeza á Primo Cova. — Digo todo lo que puedo, porque desgraciadamente... Yo me entiendo y bailo sola, amigo.

— Y tan sola como baila usted.

— Completamente sola. ¿Sería mejor bailar acompañada?

— No he querido decir eso.

— Pues voy á pedirle á usted un favor. Tengo curiosidad de ver si me lo concede.

— A sus órdenes de usted — exclamó Primo con afectada galantería.

— ¿A mis órdenes? Bueno. Pues se trata de lo siguiente, y dése prisa á probar que no es jarabe de pico lo que acaba de brindarme. ¡A ver si es usted capaz de este rasgo! Todo lo que piensa usted murmurar de mí...

— ¿Qué, qué es eso de murmurar?... ¡Si yo no murmuro! ¡Si soy un inocente!

— Todo lo que ha de desollarme usted... — no me interrumpa, desollar he dicho — por este paso ó esta genialidad de venirme á ver á don Mauro Pareja, que tantas veces ha ido á verme á mí, por lo cual le debo aún muchísimas visitas que tendré que pagarle; todo lo que ha de cortar usted en mi pellejo y en mi honra — ¡córtele ahora, delante de mí, en mi cara, frente á frente! ¡Salga el bisturí, y vaya alegando razo-

nes, fundando sus censuras, demostrando por *a* más *b* que soy una loca ó una bribona; lo que le plazca! Pero repito que delante de mí, ahora mismo, sin reparo...

— ¡Feíta, Feíta! — tartamudeó Cova, algo sobrecogido por tan briosa arremetida — usted parte del supuesto de que yo la voy á poner como un trapo y á pregonar en todas partes que merece usted reprobación... ¿y usted qué sabe si haré tal cosa? Casualmente no pienso hacerla.

— ¿No piensa usted zaherirme?

— No, señora.

— ¿De veritas?

— Palabra.

— ¡Bien! — exclamó la indómita batiendo palmas de gozo —. Ahora empiezo á creer que mi propósito está en buen camino, que Dios guía mis pasos, y que la fortuna, como dicen los autores cursis, me sonrío. En Marineda, todo lo que se murmura lo guisa Primito. Si cuento con la benevolencia del capitán de los maldicientes, tengo la mitad del camino andado. Procure usted no faltar al convenio — añadió levantándose y cogiendo á Primo por la solapa de la americana, que sacudió entre risueña y amenazadora —. Porque como yo averigüe que anda usted por ahí despellejándose, después de comprometerse á no hacerlo, soy capaz de darle á usted un soplamocos en mitad de la calle Mayor ó donde le encuentre, ¿se entera usted?

— Lo que procedería sería desafiarnos. Con sus teorías de usted, Feíta, no será extraño que lleguemos al terreno.



—¡Al terreno! ¡Valiente farsa la del terreno, y valientes gallinas están ustedes! En fin, no hablemos más del caso. ¿Usted promete no ensañarse conmigo?

—Prometo más—dijo Cova, cuyo semblante, de ordinario frío y sin expresión, se animó algún tanto—. Prometo que voy á ser su defensor en todas parte y contra todos los follones y malandrines que la roan á usted los zancajos. ¿Qué tal? Este sí que es rasgo, ó no los hay en el mundo.

—Pues mira que he de agradecértelo—advertí yo interviniendo en el debate—. Sentiría mucho que á Feíta y á su padre les originase disgustos este nuevo sistema, pero el sentimiento sería mayor si los disgustos proviniesen de la venida de esta señorita á mi casa. Y quiero que conste que la censuro, y que todo esto va contra mi criterio y contra mi voluntad enteramente. Esta señorita ha venido aquí...

—A dar lección al chico de arriba—respondió flemáticamente Primo—. Antes había ido á dar otra lección al barrio del Ensanche... Estas lecciones se las proporcionó el Doctor Moragas, que tiene la mitad de la culpa de que Feíta se nos vaya del seguro.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté asombrado.

—¡Pich, pich!—respondió desdeñosamente el murmurador—. ¡A buena parte vienes! Yo sé al dedillo las cosas que hay más empeño en ocultar... Figúrate si sabrélas que se hacen á gritos, en mitad de la plaza. A Feíta se la podrá poner toda clase de defectos, menos el de recatarse y

disimular. ¡Saber los pasos en que anda! Pues si se ha empeñado en que hasta los gatos lo sepan. Cuando vine aquí me daba el corazón que encontraría á nuestra gran Feíta, y mira si acerté.

—¿Le daba á usted el corazón que me encontraría aquí? Ese corazón merece embalsamarse y guardarse en urna, como el del general Esteva—dijo Feíta soltando la carcajada—. ¿Y qué vengo yo á hacer aquí? Vamos, dígalo.

—¡Qué sé yo!

—¿Ve usted cómo no todo se puede adivinar?

—Viene—me apresuré á advertir—á consultar la biblioteca de la difunta duquesa.

—Sí, por cierto—afirmó doña Consola—. Y si la critican por eso, que deje á las lenguas venenosas explayarse como gusten, que ya se cansarán. No hay envidia que cien años dure. Así sucedió con la señora duquesa, que en santa gloria esté. Ustedes recordarán las muchas caridades que hacía; tantas, que S. M. la nombró duquesa de la Piedad, precisamente por las limosnas que daba y los establecimientos de beneficencia que fundaba. Pues, á pesar de ser tan buena la señora y de que la alababan los papeles y de que S. M. la escribía cartas de su puño y letra (que yo conservo ahí diez ó doce lo menos y pueden verlas los que lo duden, ¿ustedes entienden?), no faltó quien la mordiese y quien la pinchase, hasta en periódicos. ¡Nadie es doblón, nadie es doblón de á ocho, señorita! Dichosa usted si llegase á lo que llegó la señora duquesa, que al fin y al cabo la reconocieron por heroína sus mismos compatriotas.

Así habló doña Consola, dejándome atónito con su derroche de elocuencia. Pocas veces la insigne patrona, de suyo reservada y lacónica, enjaretaba párrafos de esta magnitud. Es verdad que el tema de la duquesa era el único que tenía el privilegio de que soltase la lengua doña Consola.

—¿Según eso, usted viene á registrar librotos? —dijo Cova mirando irónicamente á la muchacha.

—A eso viene—respondí yo, poniéndome de pie y entregando á Feíta la llave—. Aquí tiene usted —añadí— la clave del tesoro, que acostumbro retener por indulgencia de doña Consola. Usted queda en su casa, y puede revolver, no sólo la librería de la duquesa, sino mis pobres estantes, donde no faltan también algunos libracos. No todos se los dejaría yo á usted manejar, si usted fuese como las demás muchachas; pero si ha leído usted otros..., bien puede leer los míos, que al fin y al cabo tampoco son de los que pervierten á nadie. Y adiós, amiguita. Nos vamos éste y yo á tomar el sol, que el día parece hermoso.

—Bien pensado —respondió la emancipada—. Para nada necesito de ustedes. Gracias por los libros. ¡Me voy á dar una atraquina! Usted, Covita, ya sabe... ¡Cuidado con cumplir el pacto, porque si no...!

Y le amenazó con la mano. Salimos de allí huyendo de la proximidad de la niña, como huiríamos de un dragón furioso. Mi fuga, según creí, cortaría las alas á las peores murmura-

ciones, á los comentarios más duros. Pero, ¡también era pensión haber de abandonar mi nido, porque se metía en él aquella insensata gorriona! Cogido del brazo del maldiciente, desahugué la contrariedad, y glosamos el suceso. Cova no mostraba severidad ni mala intención, caso raro: el áspid no destilaba gota de veneno.—«¡Pobre criatura!—decía—. Comprendo su arrechucho. Está harta de miseria, y de sufrir á las hermanitas y al memo del papá. En toda la familia de Neira no hay persona mejor que esta chiquilla».

Discurriendo así, y llevándole yo la contraria, porque la conducta de Feíta me parecía inalficible, bajamos por los muelles, á la sazón obstruidos por carros, pipotes y bocoyes, y pasamos ante la casa donde vivía D. Benicio Neira. Natural asociación de ideas nos hizo fijarnos en la fachada, en las encristaladas galerías, á cuyos vidrios arrancaban destellos los rayos del sol; y en el ángulo de la que correspondía al piso habitado por las Neiras, la ojeada sagaz de Primo Cova sorprendió algo que le hizo darme un codazo significativo. Una de las vidrieras estaba abierta, pero muy poco, sostenida en las palomillas de apoyo á suficiente altura para dejar pasar una mano, blanca, diminuta y fina; y esta mano de mujer sostenía y tremolaba una microscópica banderita de cinta color de rosa.

—Es una seña—dijo Cova, que se ocultó bajo el primer arco de los soportarles para atisbar mejor.

—¡Una seña!—repetí—. Pero, ¿á quien? En la calle, excepto los cargadores y las pescantinas, no hay nadie más que nosotros.

—¡Simplón!—repetió mi compañero—. Vuelva un poco la cabeza, mire hacia abajo...

Hice lo que me aconsejaba Cova, y distinguí, en la ventana que pertenecía al piso de Sobrado, y que aparecía entreabierta, á cuchillo, la figura de un hombre vuelto de espaldas, que alzaba el rostro en dirección de la banderita microscópica...

—Buena biblioteca se consulta aquí—dijo Cova sofocando la risa. Mientras la otra revuelve infolios, ésta saca por la galería el corazón... porque Rosa, en el lado izquierdo, lo que tiene es un cintajo de seda...—¡Qué de líos, amigo Abad! No se sale á la calle sin tropezar en alguno...



## XIII

Debo decir que, no sin gran admiración mía, Privo Cova cumplió estrictamente su palabra. Hizo más: fué en todas partes el defensor, abogado y encomiasta de la conducta de Feita. Yo temía que los arranques de ésta diesen motivo para que en Marineda la apedreasen. Ciertamente se habló á destajo, que se armó alboroto, y se calificó á la emancipada, según merecía, de insolente marimacho: pero en el punto importantísimo de su honra, en la interpretación maligna é infamante á que se prestaban sus correrías, fué dictamen general no atribuir á las genialidades de Feita, por lo pronto, ninguna intención siniestra. Debió de contribuir á esta indulgencia relativa del público la campaña benévola del en otras ocasiones desafortado maldiciente Primo Cova.

El propio desenfado característico de Feita, la claridad de sus palabras, la impetuosidad de su proceder, borraron sombras y disiparon sos-

BIBLIOTECA ALFONSO DE ALBUQUERQUE